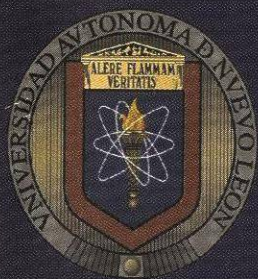


# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2005



# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición 32



República. Su compromiso con la Cirugía lo plasmó en su variada actividad y desempeño de papeles sociales. Fue un brillante facultativo, quien puso sus conocimientos al servicio de los enfermos y de la salud pública. Destacó como inventor de artefactos que facilitaron el ejercicio de diferentes planos de la profesión quirúrgica; no dejó de lado la defensa de la superación de la docencia y su mantenida preocupación por conservar la aplicación de la vacuna antivariolosa fueron aspectos de su trayectoria de vida que contribuyeron a la conformación de la naciente comunidad científica médica en el México que enfrentaba una nueva etapa de su desarrollo social y político.

### Bibliografía

Archivo General de la Nación (AGN), Ramo: Protomedicato, vol. 3, exp. 9, fols. 208-213v.

AGN, Ramo: Protomedicato, vol. 1, exp. 7, fols. 368-386.

CORDERO GALINDO, Ernesto, *Vida y obra del doctor Miguel Muñoz*, Archivalia Médica No. 6, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Medicina, Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, México, 2003.

MUÑOZ, José Miguel, *Memoria Histórica en la que se refieren el origen, progresos y estados de brillantez actual de la ciencia del hombre físico entre los extranjeros y el empirismo con que se ejerce entre nosotros por falta de colegios especiales donde se estudie teórica y prácticamente*. México, Imprenta a cargo de Martín Rivera, Bajos de San Agustín, No. 3., p. 28.

LEÓN, Nicolás, *La Historia de la Obstetricia en México*, Secretaría de Educación y Bellas Artes, México, 1916,

-----, 'Los Precursores de la Literatura Médica Mexicana en los Siglos XVI, XVII, XVIII y primer tercio del Siglo XIX (hasta 1833)' en *Gaceta Médica de México*, Tomo X, Tercera Serie, Núms. 1-4, enero-abril 1915.

## EL MÉXICO QUE VIVIÓ MICRÓS

Lic. Luis Rublúo  
Sociedad Mexicana de  
Geografía y Estadística

*Todo lo que tiene de agradable una lectura entre  
Gentes de talento, tiene de fastidioso entre ignorantes...  
Mi pluma es demasiado alegre, y escribir es la  
Coquetería de la pluma.  
Ángel de Campo, "Myosotis", relato de 1888*

Micro, *Micrós*

*Micrós* fue un hombre pequeño por su estatura.

¿Cómo cuánto mediría? Digamos acaso: llegó tal vez a 1.55; pero su inteligencia como su gracia fueron mayúsculas; tan grandes porque alcanzan a iluminar, para quienes vivimos posteriormente, la vida pública y privada, en especial de la ciudad de México, en todos, pero absolutamente en todos sus detalles.

Siguió la trayectoria iniciada, tomadas en la cuenta sus novelas, cuentos y crónicas, a partir del "Grito de Independencia", la narrativa de nuestros asuntos íntimos, por el Pensador Mexicano y luego seguido por *Fidel*, Guillermo Prieto, el cantor por excelencia del pueblo, según sus poemas del romancero, sus crónicas sabrosas y sus memorias, además; y por qué no decirlo, por *Facundo*, José Tomás de Cuellar, ese otro novelista de la *Linterna Mágica*, quien alumbró los rincones de nuestro ser nacional. En parte esta verdad ya la señaló Mauricio Magdaleno en su estudio preliminar a la selección incluida en la Biblioteca del Estudiante Universitario, en 1939, de las páginas de *Micrós*, bajo el título *Pueblo y*



*Canto.*<sup>1</sup> Si yo mismo reitero la observación y la amplío es porque me parece justa; y de otro modo no se podría ubicar a tan magnífico escritor dentro de una tradición narrativa y a pesar de los géneros usados, por opuestos que parezcan, en tanto le es lícito al escritor valerse de cualquier medio, según la palabra para expresarse y decir exactamente todo aquello necesario, para hacerlo ver a los demás; y los géneros son, para cada caso, vehículos y los mismos aun bien combinarse con igual legitimidad, como cuando se impone la creación de neologismos, surgidos de vocablos tan nobles, acordes con la pureza del propio idioma.

Así fue *Micrós*, por sus relatos todos; parece encontrarse en ellos la nota autobiográfica y aun la autocrítica. Por ejemplo, para reconocer sus modos de expresión literaria, hallamos en su cuento "Sepias" esta confesión que le acomoda: "Tengo en mí dos yo, soy una dualidad: la prosa que analiza y el verso que sueña"<sup>2</sup>. Luego, parece indicar que sus versos "eran detestables"<sup>3</sup>. Sin embargo, prosa y verso fueron sus herramientas.

El verdadero nombre de *Micrós* nos lo reveló don Antonio Fernández del Castillo en su libro *Micrós. El drama de su vida*,<sup>4</sup> es Ángel Efrén de Campo y Valle, quien nació el 9 de julio de 1868 y falleció el 8 de febrero de 1908, ambos sucesos acaecidos en la ciudad de México. Adoptó el seudónimo *Micrós* precisamente en un gesto el que a mi me parece de magnífico buen humor, para aludir su breve estatura; y aun cuando adoptó otro: *Tick-Tack*; y su herencia, deliciosa herencia, sobrepasa el medio millar de textos entre cuentos, crónicas y poemas, más una novela: *La rumba*, la cual gira alrededor de una plazuela de barrio miserable de la gran urbe y desde la que podían escucharse las campanas de la catedral. Historiadores de nuestra literatura, como los ensayistas y críticos quienes han puesto sus ojos en este escritor, lo consideran —y es, repito, lo justo— uno de los más grandes cuentistas mexicanos de todos los tiempos

<sup>1</sup> *Micrós, Pueblo y canto*, pról. Selec. Y notas por Mauricio Magdalena, México, U.N.A.M., 1939, XXII-207 p.; ver p. IX y ss. (Biblioteca del Estudiante Universitario, n. 9)

<sup>2</sup> *Micrós, Las Rulfo y otros chismes del barrio*, Selec. y presentación de Fernando Tola de Habich, México, Universidad Metropolitana, 1985, 222 p. (Serie Narrativa, n. 31); ver el cuento "Sepias", p. 57-66, *cit.* en p. 59

<sup>3</sup> *Ibidem.*

<sup>4</sup> Antonio Fernández del Castillo, *Micrós, Ángel de Campo, El drama de su vida*, ensayo biográfico, revisión y selec., México, Nueva Cultura, 1946, 174 p. 10 y ss.

*Micrós* se encuentra una vez, colocado en el balcón de una casona elegante.

Quedaron grabados ya en su mente todos los muebles, las alhajas, los cuadros, los enseres, en fin, de sala, comedor, cocina, alcobas, estancias y pasillos, cualquier rincón. Pero antes su agudeza escrutadora retuvo a los moradores, a los personajes: el viejo obeso, padre de familia; y la mamá grande o abuela con sus achaques seniles, la modosa señorita, más el joven respetado tan solo porque es varón aunque resulte una maula; y los niños y las niñas, los criados; pero todavía las visitas si las sorprende en el momento que retrata; nada, nada queda fuera de retentiva para precisar, para documentar en su literatura. Pero ahora ve hacia la calle y esos anteojos que usó, los cuales le ayudaron a tener mayor alcance y justeza de miras, se fijaron durante la misma oportunidad de permanecer en el balcón, en las esquinas urbanas, en la asimetría del conjunto de casas, casonas y casitas; y desde el polvo existente en el barandal donde se apoya no quiere ocultarnos el estado en que se encuentra el empedrado, ni las farolas, ni los muros ya carcomidos o remozados, según sea el caso, de esa ciudad porfiriana, tan suya porque la vivió hondamente. Observa a los transeúntes apresurados o calmados si van bien o mal vestidos; a los viejos y a los niños, a las mujeres y a los hombres; y luego, por los modos de sus desenvolvimientos da cuenta de las costumbres, de los hábitos plausibles o reprobables, si son de civilidad republicana o atentatorios contra el sentido común, pero los sabe representativos e integrantes de la sociedad toda. Y también nos señala los carros "simones" o los coches de lujo; los animales de tracción: caballitos mal nutridos o casi de pura sangre, burros y mulas; pero, los muy domésticos y casi de la parentela de tan familiares e íntimos —algunos se parecen asombrosamente a sus amos o dueños—: gatos, perros, loros.

Mucho de su obra publicada en periódicos y revistas falta por recoger; y yo no creo que a *Micrós*, escritor valiosísimo, se le deje por siempre en el abandono. Digo más: normalmente de los escritores se deben establecer obras selectas y no precisamente obras completas, menos para el abuso, según sabemos de ciertos casos cuando los editores agregan aun cartas nada literarias, recetas de cocinas copiadas a mano por el escritor tratado y otras lindezas. En el caso de *Micrós*, pienso porque he leído mucho más de lo publicado en libros, no veo desperdicio alguno y sus textos son merecedores de la compilación total. El dio a la estampa estas colecciones de sus trabajos: *Ocios y apuntes*, (1890); *Cosas vistas*, (1894), y *Cartones*, (1897). Su novela *La Rumba* fue publicación póstuma,



en volumen, puesto que apareció hasta 1951. Sus poemas no completos fueron agrupados dentro de su libro mencionado por Fernández del Castillo. Luego he citado la magnífica colección *Pueblo y canto*, debida a Mauricio Magdaleno, y siguió otra llamada *Cuentos y crónicas*, debida a Alí Chumacera en 1944.<sup>5</sup> Después, en 1969 Silvia Garduño de Rivera editó el libro *Crónicas y relatos inéditos* —inéditos dentro de un libro, se supone<sup>6</sup>—; y don Luis Enrique Villaseñor, en Guadalajara, publicó dos tomos con relatos de *La Semana Alegre*, en 1974 y precisamente bajo el mismo título e incluyó cincuenta textos con la firma de su otro seudónimo.<sup>7</sup> Y según ya lo observamos, la Universidad Autónoma Metropolitana ofreció en 1985 otro tomo más, llamado *Las Rulfo y otros chismes de barrio*, con un estudio preliminar de Fernando Tola de Habich. Casi al finalizar el siglo XX, tanto la Universidad Nacional Autónoma de México, como la Secretaría de Educación Pública, reeditaron facsimilarmente los *Cartones*, en el centenario de su primera edición, 1997, con prólogo de Miguel Ángel Castro.<sup>8</sup>

La cantera es bastante rica todavía para extraer.

## 2. En tiempos de Don Porfirio

Todo escrito de *Micrós*, sin exceptuar ninguno, aun cuando describa el mayor horror de la pobreza, la sordidez de los barrios bajos o las bajas pasiones de la gente opulenta o humilde, confirma su alegría de crear, de escribir. Nada lo hizo tan feliz como pulsar la pluma para con ella estampar en el papel sus cuadros surgidos de una contemplación sin descanso y de modo tan directo. Ni siquiera sus pesares individuales, que sostuvo por encima de su voluntad, en tanto quienes lo conocieron bastante bien —Federico Gamboa y Victoriano Salado Álvarez, entre otros—, dan fe de su conducta recatada, de su amor por el hogar, de su honradez absoluta; todo lo cual lo mantuvo alejado de percances que se

<sup>5</sup> *Micrós*, *Cuentos y crónicas*, introducción y selección de Alí Chumacera, México, Secretaría de Educación Pública, 1944, VII-94 p., ilus. de Salvador Pruneda, (Biblioteca Enciclopédica Popular, n. 9).

<sup>6</sup> Ángel de Campo, *Micrós*, *Crónicas y relatos inéditos*, intr. y recop. Por Silvia Garduño de Rivera, México, Ediciones Atenea 222 p.

<sup>7</sup> *Tick-Tack*, Ángel de Campo, *La Semana Alegre*, selec. De 50 artículos de la serie, motivación pról. Por Luis Enrique Villaseñor, 2 Vols., Guadalajara, Jal. Ed. Colegio Internacional, 1974; t. I-216 p.; II-188p.

<sup>8</sup> *Micrós*, *Cartones*, ilus. De Julio Ruelas, ed. Facs. En el centenario de su aparición, presentación de Miguel Ángel Castro, México, UNAM, Inst. de Invest. Bibl. Y S.E.P., 1897-1997, XX-115 p.

buscará por despilfarros o disipaciones; ni siquiera sus penas, repito, le destruyeron jamás el buen ánimo, el humor que nos transmitió extraordinariamente por su arte.

Así, cuanto dijo, lo debemos aceptar, fue aquello que con exactitud notó: la vida diaria de una sociedad capitalina, bajo la influencia dictatorial y paternalista: la de Don Porfirio Díaz, quien, a un tiempo, por su política abierta internacionalmente, en esos años de fin del siglo XIX, permitió la injerencia económica y de ahí, también la cultural llegada de los principales países europeos: Francia en primer lugar, pero también España, Alemania e Inglaterra, pueblos de los que llegaron a México expedicionarios, artistas, estudiosos, a descubrirnos para el mundo y para asombro de muchísimos no enterados.

La históricamente llamada *Época de la paz porfiriana* fue la época de *Micrós*, el escritor, quien ha resultado ser el más preciso de cuantos inscribieron un retrato social de la capital republicana; y en el tiempo casi estrictamente cronológico, las coincidencias no pueden encontrar mayor certidumbre.

Cuando el general Porfirio Díaz llegó al poder, primero provisionalmente gracias a su *Revolución de Tuxtepec* y a poco se le declaró presidente electo de la República durante su primer periodo: 1877 a 1880, Ángel de Campo estaba en sus años de preparación escolar: nueve de edad hacia la adolescencia. Adivino el gobierno intermedio, pero constitucional, del célebre “Manco” González, compadre del caudillo, y en 1884 Díaz volvió para quedarse en la silla presidencial, en su dictadura; y *Micrós* tenía ya dieciséis años de edad y al año siguiente, esto es, 1885, el escritor comenzó, en firme, su carrera desde las páginas del periódico *El Liceo Mexicano*, en tanto según lo dice Federico Gamboa, ambos ya se habían iniciado en el ejercicio del periodismo, al alimón, bajo el seudónimo “*Bouvard et Pécuchet*”, en artículos sobre modas. De Campo no soltó la pluma hasta su muerte en 1908, si bien el mismo autor de la novela *Santa*, aduce en su *Diario*, cómo *Micrós* pensó retirarse ante la sistemática actitud para humillarlo por parte de un grupúsculo de escritoruelos “plumitivos” y “talluditos” —así los califica Gamboa—, bajo la consigna de siempre y en cada generación: “Por la literatura progresista y avanzada” —¿no se ha dado en decir que la historia se repite?—; y el autor del *Diario*, quien los oyó, dice “...todos ellos, como



escritores no le llegaban a la suela de sus zapatos”, aunque no menciona a nadie.<sup>9</sup>

Época cuando los vales mexicanos estuvieron en apogeo: Juventino Rosas, Abundio Martínez y José Mauro Garza fueron sus contemporáneos; y, ¡cuántas escenas con bailes de vals hay en los apuntes de *Micrós*! En vecindades de barrio, como en casas de gente de pro.<sup>10</sup>

Época, la que al ser analizada en sus crónicas y cuentos, es calificada aún en su realidad política de tiranía patriarcal: “...en mi barrio —dice por ejemplo, el Ayuntamiento— es un mito; ni las linternas del gendarme, porque por allá se puede robar, asesinar, plagiar, con la seguridad completa de que la justicia no sabrá una palabra; y si no se comenten crímenes, es porque la fealdad y lo tenebroso de la calle asusta a los malhechores”<sup>11</sup> ¿No continúa el parecer de una repetición de nuestra propia historia, si acomodamos el texto referido a tiempos actuales, con las agravantes de la explosión demográfica y la presunción de vivir tiempos democráticos y de cambios favorables?

Razón tiene Fernández del Castillo al pensar en las raíces autobiográficas de la obra de *Micrós*, pues el escritor quien crea sus personajes, a quienes suele llamar “Moralotes” o “Moralitos”, según la costumbre del uso de apodos, sobrenombres, diminutivos o superlativos cariñosos y no tan cariñosos entre la gente mexicana de todos los tiempos, porque abundan sus “Chatos”, sus “Picudos”, como sus “Chonas” o las “Niñas Chisme”, etc.; se olvida de repente y pone en labios de alguno, una vivencia definitivamente suya: “...me decía familiarmente un día mi maestro Altamirano...”, hace que diga Sánchez, relator de un cuento suyo, enamorado de una tal “Volubis”, cuando precisamente *Micrós* —y también Federico Gamboa— fueron discípulos distinguidos del maestro Ignacio Manuel Altamirano y éste les dispensó cariño y conducción.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Federico Gamboa, *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros, 1905-1908*, segunda serie I, México, Eusebio Gómez de la Puente, editor, 1934, 358 p. Semblanza de *Micrós*, p. 265-271.

<sup>10</sup> El vals en *Micrós*, ejemplos: en vecindades y calles, ver relato “Después”, en *Crónicas y relatos inéditos*, p. 36-41; en salas lujosas, ver relato “Cosas de baile”, de *Cosas vistas*, 1894 cfr. Esta edición: *Micrós, Cosas vistas y cartones*, prolog. Por María del Carmen Millán, México, Porrúa, 1958, 306 p.; relato, p. 179-184.

<sup>11</sup> Relato “Las Rulfo”, en la antología homónima cit., p. 82.

<sup>12</sup> Relato “Un día gris”, en ant. *Las Rulfo* cit., p. 48-57; ver también “Recuerdos del maestro”, en *Cosas vistas*.

Los tiempos del general Porfirio Díaz: el trato para los pobres y la vida europeizante entre los pudientes, como las aspiraciones de la clase media. La presencia de los indígenas y un reencuentro con sus costumbres revueltas con otras del siglo, comprendidos por los sabios y laceradas por quienes miraban más hacia otras partes y no México.

Los tiempos de don Porfirio; aún, por *Micrós*, asistimos a la ceremonia del “Grito” un 15 de septiembre; y mientras el señor presidente Díaz se asoma al balcón central del Palacio Nacional, para exclamar: “¡Viva la Independencia!” —tal es el “grito”— nos transmite esta escena: “Crece el gentío; el calor y la presión son insoportables, los más democráticos envenenan la atmósfera, ya con hálitos de gallinero, carpintería, cola, cuero, humo de enchilados y buñuelos; vapores de aguardiente, pólvora de los cohetes, frutas machucadas, ocote quemado. El rumor ensordece, es un *rum rum* creciente del cual se levantan los gritos que se barajan. —¡Al tostao de horno, aprébelo, aprébelo!... —¡Tamalitos cernidos de chile, de dulce y de manteca...—¡Cuartillas de naranjas, cuartillas!...”<sup>13</sup>

Todos sus cuadros rebosan la vida plena de su época; y los parecidos, naturalmente resultan ser los retratos de nuestra familia; y si ya en el siglo XXI somos semejantes, o más grandes o más pequeños, pues podemos comparar.

“¿Queréis estudiar tipos? Sentaos en cualquier paseo un día de fiesta; observaréis toda clase de fisonomías, de harapos y de sedas...” expresa *Micrós*.<sup>14</sup>

Dícese como Ángel de Campo se vio obligado a dejar sus estudios de medicina al quedar huérfanos él y sus hermanos; y mayor en edad, hizo frente a situaciones hogareñas a partir de la búsqueda de pan diario. Es cierto, compañeros cercanos dan testimonio de la situación. No fue médico, pero traía consigo una verdadera vocación que parece no le cabía en su cuerpo y la desbordaba: la de escritor, y precisamente cronista, pues aun cuando escribió muchos cuentos y también novelas, en sus relatos continúa la persistencia del hombre cronista, sin remedio y por excelencia. ¡En buena hora para las letras mexicanas! Pero su capacidad lo condujo asimismo a la docencia y fue un gran maestro de la Escuela Nacional Preparatoria, a la par que se consagró a un periodismo ininterrumpido. Muy joven murió, apenas ajustó los cuarenta años, pero

<sup>13</sup> Crónica, “El grito”, recogida en *Crónicas y relatos inéditos*, cit., p. 58-61.

<sup>14</sup> Relato, “¿Quién era Lili?”, ver *Las Rulfo*, cit. en p. 44.



nos dejó cuadros de excelencia, como no los puede haber mejores para su época.

Cuadros tan vivos, porque los personajes incluidos lo son. Auténticos retratos, y tanto que no es aventurado decir que todos, hombres y mujeres, corresponden a gente conocida por él mismo; en ocasiones la del pueblo multitudinario y anónimo, con un mero acercamiento al individuo; la comadre o el empleado burócrata; pero en otros casos, amigos o conocidos tratados en lo personal, apenas con nombres supuestos.

La ciudad de México el escenario. A veces un tanto extramuros. En cuentos como "El fusilado" o en crónicas como "Fábrica de Judas", "Por los llanos", "Las antiguas verbenas", etc., nos lleva más allá de las calles transitadas y de los palacios que hicieron famosa a la gran capital. A su paso observa perros que hacen historia en sus páginas como "El Pinto" y el "Abelardo", y mira a gatos retozones en brazos de sus amos, o al "Chiquitito", el canario consentido y añorante de libertades. Los animales son personajes especiales también, en el paisaje urbano y suburbano. De repente encontramos atisbos notables en relación con la vida en otras épocas: digamos, el virreinato; o en el interior de México, una procedencia musical del Bajío, acaso el origen del son de *La Negra*, etc.<sup>15</sup>

Muy especialmente nos ofrece el retrato de un profesor abnegado, hombre apostólico y de una sabiduría mayor por las experiencias vividas, sumadas a sus estudios en libros, como el señor Quiroz, humilde, pero pulcro, guía de una muchachada renovada cada generación. El relato de su muerte, en "¡Pobre viejo!", muestra ese injusto desprecio social por quienes son bastante mejor que otros, servidores públicos.<sup>16</sup>

Y "El Chato Barrios", el pobre hijito del carbonero de la esquina, "el más feo y desarrapado de la escuela", pero de inteligencia y mayores dotes, que la del niño bonito Isidorito Cañas, presuntuoso por mejor

<sup>15</sup> Crónica histórica "La entrada del virrey", en *Crónicas y relatos*, cit., p. 20-27; también relato "La cobija", incorp. En *Pueblo y canto*, p. 140-145. Cfr. Esta otra antología que incluye el mismo texto: Ángel de Campo, *El alma de la ciudad*, nota prel. Anónima, México, Departamento del Distrito Federal, 170 p. 114-118, (Colección Metropolitana, n. 46)

<sup>16</sup> Relato de *Ocios y apuntes*, 1890; cfr. esta edición *Ocios y apuntes*, junto con *La Rumba*, novela, 1890-1891, pról. Por María del Carmen Millán, México, Porrúa, 1958, XX-344p. 17-23.

vestido, hacen ambos los contrastes sociales, así, dentro de un núcleo tan especial como la vida escolar, pero cuyo radio se amplía hacia el barrio y hacia la ciudad toda. Dentro de un ambiente de escolapios; asimismo, hace destacar en la crónica, ambiente que todavía vimos y vivimos muchos de mi generación, en lo narrado en la "Solemne distribución de premios", la presencia de la niña Engracia Malpica, declamadora rebuscada por las lecciones más de casa, en donde pretenden se luzca, que en la escuela, la que será el escenario natural; más la señorita Cifuentes, una soprano entre ligera de voz y apreturas de alma.<sup>17</sup>

Y aquella doña Naborita, nodriza amorosa como segunda madre, criada de casa de clase media, tan arraigada a la familia, a quien no pueden menos que reconocerla como miembro de la misma, pero que por circunstancias desgraciadas, muere en el abandono y en el infortunio, es figura, por muchísimo tiempo, real en una sociedad ya liquidada ahora, cuando los condominios y edificios habitacionales sustituyen a las viejas casas de vecindad; y aun cuando hay departamentos contiguos unos de otros, acaso los vecinos ni se conocen y tampoco les importa conocerse. No pueden existir "Naboritas" hoy, pero sí mayores crueldades en contra de la gente llamada ahora, con suspicaz ironía, de la "tercera edad", abandonada a su triste suerte.<sup>18</sup>

En *La Rumba*, única novela conocida de *Micrós* —hay otra por revelarse: *La sombra de Medrano*—, vemos gente rijosa de barrio bravo, gente crecida en media del resentimiento contra los poderosos, en donde el crimen es asunto de todos los días. Cosme Vena, un herrero es personaje importante, como su hija Remedios, más conocida como "La Tejona", por su carita alargada y quien para sus adentros se dice, repetidas ocasiones, que cuando sea mayor será según esas "rotas" presumidas.<sup>19</sup>

Acaso, hay un cuento y como tal, breve: "Notas de tranvía", el que me parece de lo más interesantes, porque ofrece *Micrós* toda una situación citadina, con mucho de la comedia humana de diario; del drama por la subsistencia de una familia pobre, pero que busca la dignidad entre su medianez, casi mediocridad; y con un desenlace trágico por el choque entre los buenos principios, mal acomodados por métodos equívocos en cerrazones sociales, pero con los vicios de una sociedad que se amplía

<sup>17</sup> "El Chato Barrios", cuento de *Cosas vistas*; también ver cuento "Solemne distribución de premios", en *Pueblo y canto*, cit. p. 113.

<sup>18</sup> "Una humilde", relato de *Cartones*.

<sup>19</sup> Léase *La Rumba*, cit. con prol. de M. del C. Millán, p. 183-341.



cada vez más. En tal cuento se mira a una personaje como tantos otros, porque es un burócrata, aunque con tercos métodos de tiranía doméstica: don Octaviano, sistemático hasta para dormir. Viajamos en tranvía, escuchamos conversaciones de todo tipo por gente de toda laya; contemplamos la Alameda y las calles importantes; miramos escaparates de tiendas y aún con indiscreción sorprendemos parejas que entran a hoteluchos de mala muerte, hacia la seducción; cuando Salomé y Clemencia, hijas de don Octaviano, son ultrajadas y abandonadas como las hijas del Cid, por unos infantes de Carrión, a la mexicana.<sup>20</sup>

Lo tengo dicho: el enorme espíritu de Ángel de Campo, no le podía caber en su cuerpo chiquitín.

Quien creo mejor que nadie podía retratarlo, don Antonio Fernández del Castillo, su sobrino; aun cuando no lo conoció porque nació días después de la muerte del distinguido tío; la fuerte presencia del ausente dejó tal impronta de sí mismo, como para conocerlo más que por fotografías. Y así resultó: don Antonio lo dibujó con palabras en ese su libro, *Micrós. El drama de su vida*, al que ya mencioné también, pero cuántas veces hizo memoria del mismo, durante aquellos deliciosos desayunos sabatinos en Sanborns. Por ejemplo, dijo una ocasión: "Mi tío, pese a su complexión, tenía carácter. Se contaba en familia, cómo de chico nunca pudieron hacerlo hincar ante los altares". Este detalle, el propio *Micrós* parece decirlo en uno de sus cuentos, con más precisión: en "Nuestras pizarras" pone en labios de personaje muy diferente, justo en mohín semejante, frente a una mentora severa quien quería obligarlo a hincarse en un reclinatorio:

"— ¡Máteme usted, señorita, llame a la tropa, como dice; mándele diez mil recados a mi papá; pero yo lo que digo lo sostengo: ¡no me hincó! ¡No y no!; y si usted me pega, ¡la acuso con el Gobierno!"<sup>21</sup>

Imaginemos al personaje, quien en su vida pasó pruebas muy duras, pero las supo rebasar con enorme prudencia, con sensatez. Su experiencia en las cotidianas tareas y lucidez hondísima, lo habilitaron de seguro, para conseguir en su arte de escritor, fijar las escenas de sus obras: un cuadro tan precioso como *La Rumba*, en donde se hallan anuncios de una novelística según la que después despertó gran admiración, *Los de debajo* de Mariano Azuela. *La Rumba* es, no lo

<sup>20</sup> "Notas de tranvía. Al vuelo", relato en *Las Rulfo*, p. 112-120.

<sup>21</sup> *Ibidem*, relato en p. 200.

dudemos, un exactísimo antecedente: novela prerrevolucionaria, como la de Azuela que encumbró la narrativa de la plena revolución.

Sigamos con los perfiles del retrato. Fernández del Castillo escribió en su citado libro: "su figura era original, delgado, nariz de grandes proporciones, un ralo bigote sobre los labios, frente muy ancha, ademanes nerviosos pero corteses; en alguna ocasión se le representó como un pequeño ratoncillo con espejuelos; usaba a veces un abrigo al que por viejo y deslustrado le llamaba el abrigo de O'Donjú", por supuesto, referencia a los viejos tiempos del último virrey<sup>22</sup>.

Es curioso: a *Micrós* le recuerdan unido físicamente a la ternura, según la inspiran diminutos animalillos; pues quien fuera uno de sus compañeros, don Victoriano Salado Álvarez, novelista y diplomático, escribió en sus *Memorias*: "Para evocarlo hay que recurrir a la ornitología. El andar saltarín, los pies y las manos pequeñitos y que recordaban las garras de las aves que se posaban en los árboles..." Una alondra, una perdiz, un canario, un gorrión, todo eso sugiere al autor de nuestros *Episodios Nacionales*, eso le parecía la fisonomía de Ángel de Campo. Y agregó una silueta moral: "*Micrós* era el más bueno y el más honrado de los hombres". Salado Álvarez también se refiere a como fue combatido sin misericordia por escritores incipientes, que nunca le alcanzaron ante sus dotes de observación y de "tenue, fina y elegante" manera de decir las cosas.<sup>23</sup>

José Juan Tablada, también en sus *Memorias*, escritas entre 1925 y 1928, en Nueva York, hizo recuerdos de *Micrós*: "...no fue bohemio, si perfectamente equilibrado..." afirmó.<sup>24</sup>

Don Luis González Obregón, el cronista de la Ciudad de México tan celebrado en su tiempo, al escribir el prólogo para los *Ocios y apuntes*, en 1890, recuerda a Ángel de Campo, muchacho inteligente, discípulo predilecto de Ignacio Manuel Altamirano, vivaz —declara al respecto anécdotas estudiantiles a propósito—, para resumir apreciaciones que han pasado para tener idea más exacta de quién fue, porque es prácticamente el juicio que llevo a los primeros historiadores de la literatura mexicana,

<sup>22</sup> F. del Castillo, *El drama de su vida*, p. 32.

<sup>23</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Memorias*, (1956), pról. Por Carlos González Peña, nota de José Emilio Pacheco, México, Porrúa, 1985 XXII-409p., semblanza en p. 261 y ss. (Sepan Cuántos, n. 477)

<sup>24</sup> José Juan Tablada, sus memorias en 2 Vols.: *La feria de la vida*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, 642p. 144-147 y *Las sombras largas*, México, CONACULTA 1993, 472p. 456.



para darle un lugar: Carlos González Peña y Julio Jiménez Rueda. González Obregón dice esto:

Benjamín de nuestros escritores; Benjamín por su edad, por su estatura, no por su inteligencia, ni por sus escritos (...) A *Micrós* lo conocí hace muchos años en una cátedra de latín que daba en San Idelfonso un sabio humanista (...) Aquel condiscípulo diminuto de cuerpo, de ojos vivos y chispeantes, me sedujo, me simpatizó, le ofrecí mi casa, y desde ese día fuimos amigos; amigos inseparables, con idénticas aficiones literarias y las mismas esperanzas para el porvenir.<sup>25</sup>

En esta *microantología* de pareceres que retratan física, moral y espiritualmente al escritor, debo agregar otros dos testimonios de quienes lo trataron muchísimo: Federico Gamboa y Luis G. Urbina. El primero opina: "La severidad de sus costumbres tiene que haber obedecido a dos causas principales: desde luego, a su temperamento, y después, a que desde muy temprano se echó sobre sus hombros, nada atléticos por cierto, una múltiple paternidad que supo desempeñar a maravillas..."<sup>26</sup> El segundo juzga como crítico: "Nuestra personalidad entera, lo que conservamos de característico, está en *Micrós*, en sus novelas, en sus cuentos, en sus artículos. Desde este punto de vista, nadie lo ha superado en México..."<sup>27</sup>

Si reconsideramos cada una de las expresiones anteriores, obtenemos con precisión un retrato del escritor, según quienes lo conocieron o tuvieron cerca. Su palabra sobreviviente nos lo muestra asimismo, por cuanto hace a su poder de percepción, de sensibilidad, de inteligencia, de imaginación, de precisión frente al México de sus objetivos. Él, con todo, alude a sus retratos fotográficos, en *La Semana Alegre*, bajo su otra firma *Tick-Tack*: "Hasta yo, cuyo físico debería llevar una existencia tranquila y modesta, sin grandes pretensiones, hasta yo he llegado a tres ejemplares de mi apariencia corporal: uno de busto, otro de cuerpo entero, y el restante en tropel..."<sup>28</sup> Acaso en la suma cuenta su retrato de boda con María Esperón, en 1904, en tanto la de "tropel" significa en grupo con sus amigos bohemios entre quienes estuvo Rubén M. Campos, éste a su

<sup>25</sup> Luis González Obregón, su prólogo a *Ocios y apuntes*, ver la ed. De M. del C. Millán, cit., p. 3-7.

<sup>26</sup> F. Gamboa, *Diario* cit., p. 267.

<sup>27</sup> Luis G. Urbina, *La vida literaria de México*, ed. Y prol. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1946, 397p. 147, (Colección de Escritores Mexicanos, n. 27)

<sup>28</sup> Otra excelente antología: Ángel de Campo, *Tick-Tack*, *La Semana Alegre*, intr. y recop. Por Miguel Ángel Castro, México, UNAM, Inst. de Invest. Bibl., 1991, 375p.; ver "La Fotografía" p. 141-144.

vez llamó a De Campo "el pequeño gnomo que conocía y pintaba la vida mexicana mejor que nadie..."<sup>29</sup>, y parece aludir a un retrato de grupo en el restaurante Sylvain.

Comparto la opinión que otros han vertido en el sentido de considerar a *Micrós* dentro del realismo narrativo, según se distinguiera un Emilio Zolá, autor a quien leyera; en tanto, difiero de quienes piensan por cuanto hace a su producción que estiman desigual en calidad. Más bien la contemplo ascendente, pero en una línea; y no es poco, pues esta circunstancia acusa en pronta y definida vocación cierta aplicación para la que contó, sin duda, la presencia en momento importante de su vida, de aquel gran maestro que fue Ignacio Manuel Altamirano. Simplemente creció; y el *Micrós* de las crónicas es el mismo que el de los cuentos; el mismo del poema en prosa, que el proyectado en por lo menos la única novela conocida, completa; y acaso más que diferente en desigualdad de bruñido, lo sea por menos utilizado, en el caso de sus versos, como este por demás satírico que recuerdo:

¿Qué morirás sin mí? ¡Vive tranquila?  
Bien sabemos los tres que eso no es cierto,  
Pues tu primo también otó esa frase,  
Y va pasado ya un mes y ¡no te has muerto!...

De "Responsos"<sup>30</sup>

Cierto, la Ciudad de México fue su objeto principal; pero es excelente paisajista, aun observador del mar. Y, aunque le repugnaron las corridas de toros, las peleas de gallos y la equitación, siquiera para señalar la injusticia, en contra de los animales, dejó preciosos cuadros por cada uno de esos espectáculos.

¡Qué grande fue ese pequeño *Micrós* y necesario en la fortaleza de nuestra literatura, de nuestra cultura!

### 3. - *La Rumba*, fuente para apreciar Folklore

*La Populosofoía* —o ciencia del Folklore—, no debe despreciar según verdaderas reticencias injustificadas que pretenden cerrar puertas a investigaciones, las cuales pueden informar, y mucho, ya de muestras tangibles del saber popular: refranes, dichos, versos callejeros, motes o apodos, juegos infantiles y de grupos de la gente mayor en sus tertulias

<sup>29</sup> Rubén M. Campos, *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, prol. por Serge I. Zaitzeff, México, UNAM, Coord. De Humanidades, 1996, 316p. 182.

<sup>30</sup> F. del Castillo, *El drama de su vida*, cit., p. 58.



normales; cantares, corridos, "rorros" o canciones de cuna, etc.; más lo que de ello se obtenga para explicar mejor, así ese saber popular de un pasado no tan remoto si se tienen en la cuenta los milenios de cultura, como la justificación del mismo saber popular hoy en día, según los antecedentes los cuales se observen de tales muestras, o los orígenes de cuando ahora se dice y escucha, con las advertencias del por qué somos así y no de otro modo como pueblo, y aun qué recursos pudieran tenerse a la mano en aquellos hábitos los que mejor debiéramos superar. Lo mismo por lo que hace a la observación de *tipos*, algunos completamente desaparecidos, pero no del todo: ¿no hay gestos y actitudes, pongo por ejemplo, con "aires de familia", entre el *Aguador* finisecular del siglo XIX y albores del XX, con su "chochocol", (cántaro de barro), a la espalda; y luego, el *Gasero* finisecular del siglo XX y albores del XXI, con su *cilindro* metálico a cuestras, también a la espalda? Por cuanto leemos en las crónicas de *Micrós* y aun en las de otros autores de aquellos tiempos respecto del *aguador* y lo que leemos en cronistas más recientes, digamos Arturo Sotomayor de Zaldo, (*La capital y sus personajes*, 1997); pero así también por nuestras observaciones propias porque somos testigos, y no tan solo en la enorme Ciudad de México, multimillonaria en habitantes, sino en las otras ciudades nuestras, grandes o chicas de la provincia: igual picardía de los tipos, igual transmisión de sus noticias y comentarios, pese al uso de recursos técnicos y de vehículos. (De los dos pies o el burro o mula, al camión). Los "genes sociales" se han transmitido del *aguador* al *gasero*: ambos gritan desde la calle en el estrepitoso anuncio de su mercancía o de su presencia, ambos cuentan con la facultad de meterse hasta la cocina de las casas o viviendas, ambos suelen sostener pláticas con las amas de casa o con las sirvientas—caso en que las haya—, ambos emiten albures, consejas, chismes, pareceres, etc. Y son gente mestiza, unos más oscuros o más claros de piel, como para ser señalados en identidad, en los casi dos siglos que llevamos de historia nacional independiente: "prietos" o "güeros".

Aquí pretendo tomar como fuente y prueba de lo que afirmo, una sola obra de *Micrós*, rica en elementos *folk*, en material *folk*, según campea en prácticamente toda su obra. Me refiero a su novela *La Rumba*. Sólo iré "al grano" para simple demostración, con apenas, por método siquiera de clasificación escueta, pero precisa.

Referencia a personajes que son *tipos* y en actitudes que son *costumbres*, dables por *tradicionales* las más veces, hábitos buenos o malos; dicen *refranes* y *dicharachos*; se comunican esas *cancionciollas*, *aires* o *versos* enteramente populares, como tantos compilaron los queridos maestros

Vicente T. Mendoza, Virginia Rodríguez Rivera de Mendoza y Alfredo Ramos Espinosa. Vamos a la empresa.\*

## TIPOS

1) MARCOS PEZUELA, el *zapatero* y a la vez el *vibuelista* y el filarmónico. Los mexicanos, casi siempre, ejecutan un instrumento musical a la par que su oficio o profesión.

2) COSME VENA, el *herrero*, aquí de acentuado machismo, feroz como su horno encandecido y "casi infernal"; borrachín consuetudinario.

3) REMEDIOS VENA, la *costurera*, trabajadora de una céntrica casa de modas afrancesada—como en los tiempos de don Porfirio Díaz—, hija de la anterior; representativa de las hembras liberadas y en lucha constante, pero a un tiempo en sacrificio perpetuo.

4) CORNICHON, tipo más conocido por su mote y no por su nombre, el *abonero* y cobrador y además, representativo de otro *tipo*: el "gachupín", esto quiere decir un español avecindado entre mexicanos.

5) MAURICIO, el *tendero*, "güero, colorado. Aparenta ser así, español, porque habla como los gachupines". De este *tipo* mexicano conocemos no pocos especímenes aun ahora.

6) TULITAS, una señora apenas clasemediera, con ínfulas de elegante y soberbia; es el tipo de la *rota*, de las que no tienen tanto como quieren aparentar. También es *tipo* válido ahora mismo, y de repente así llamadas, igual que los *rotos*. Esta es una definición del *roto* que nos da Francisco J. Santamaría en su célebre *Diccionario de Mejicanismos*, 1959: "ROTO", *ta* Petimetre, pisaverde: individuo sin quehacer y sin dinero que viste bien a fuerza de trampas y picardías. La mujer del pueblo llama *rota* a la señorita de la clase media que vive a lo rico".

7) FRACISQUILLO, el *cantimero* y a la vez *tendero* y corre-ve-y-dile.

8) LA REPELLO, una *buscona*, *pelada*; mujer de mala fama. El *buscón*: persona pendenciera y rijosa; tal término es usual en la lengua castellana y su significado es muy viejo, tan sólo recordemos novelas como *La vida del buscón don Pablos*, de Francisco de Quevedo y Villegas, (1626). El vocablo *pelado* alude a persona en situación de pobreza extrema; pero a

\* Véase la nota núm. 16 de este ensayo.



una vez se dice *lépero*, vulgar y pícaro. Cantinflas quizo, en su obra cinematográfica, representar al *peladito* mexicano.

9) EL PADRE MILICUA, el *cura chocolatero*; esto es: sacerdote muy dado al buen yantar y gustoso de beber chocolate con biscochos.

10) EL PROFESOR BORBOLLA, el *profesor* de escuela lugareña; aquí, regañón, enérgico y dado a castigar a muchachos a reglazos.

11) EL GENDARME DE LA ESQUINA, *tipo*, personaje entre los más populares antaño, reconocido por su autoridad primaria y entonces respetable.

12) EL PELUQUERO. También un *tipo* popular, generalmente con fama de comunicador.

13) EL AGUADOR, el *tipo* al que ya me referí, importantísimo por acarrear el agua, recurso indispensable para la vida y lo hacía del pozo o de las fuentes públicas, a las casas. Este *tipo* gozó de enorme fama durante el siglo XIX y no sólo resulta personaje de muchísimas novelas y relatos; pero aun escritores como don Hilarión Frías y Soto, consagró un ensayo con el que inicia ese precioso libro llamado *Los mexicanos pintados por sí mismos*, 1855. Otro pícaro, dicharachero, comunicador y las más veces enamorado. En *La Rumba* tiene su lugar.

14) LA CASERA, tal *tipo* femenino ejerció no sólo en tiempos porfirianos, los de *La Rumba*, una enorme influencia en la sociedad encerrada dentro de las casas de vecindad, pero aún más: ya alcahueta, ya chismosa, ya consejera de buena voluntad, ya curadora moral, ya verdadera dictadora de normas prácticas para con sus vecinos, sobre todo los noctámbulos.

15) MAURICIO PELAEZ, el *tipo* del genuino *gachupín* de México, dueño, precisamente de *La Rumba*, también de nombre de un "tenducho", vecino de la pulquería del barrio.

Otros *tipos* más conviven en la novela, importantes son los presidiarios de la tristemente célebre *Cárcel de Belén*, hacia el sur y poniente de la entonces Ciudad de México.

#### REFRANES Y DICHOS

Entre refranes, dichos, voces populares, *La Rumba* ofrece gran riqueza. Aquí sólo hago selección, selección estrechísima, pero reveladora, de nuestra paremiología nacional.

1. UNA COSA ES UNA Y OTRA ES OTRA. El refrán se reitera en la novela, en voz de sus personajes. Significa aclarar cómo no debe haber confusión, cuando se hace referencia a dos conceptos que parecieran semejantes. Tal refrán, sin embargo parece una obviedad muy simple.
2. EL QUE NACIO PARA SUELA NUNCA HA DE SER OREJA. Alude al destino, pero más a la ineficacia de alguien que sin mayor esfuerzo, pretende ascender. Hay otros dichos semejantes a este.
3. DE QUE SE VEN BONITAS YA QUIEREN SALIR DE SU CLASE. Dicese cuando las jóvenes se saben de buen parecer, sin tener conciencia del mundo de pobreza que les rodea, el cual deben superar mediante esfuerzos y trabajo; y en cambio tan sólo por su físico, muestran pretensiones absurdas. Otros refranes y dichos existen al respecto, algunos muy duros y poco eufónicos.
4. AL QUE SE PONEN EN CUATRO PIES LO ENSILLAN. El refrán previene contra el abuso de aquellos que se aprovechan de la generosidad; parece ésta, una pieza del refranero charro mexicano.
5. AL QUE SE VUELVE MIEL SE LO COMEN LAS MOSCAS. Semejante al anterior.
6. LO QUE DIGA LA SUERTE: ¿AGUILA O SOL? Menciona el refrán la circunstancia, cuando el azar se impone a una decisión voluntaria para la que se emplea como medio, el anverso y el reverso de una moneda mexicana de un peso de plata, que representa justamente el águila del escudo nacional y el sol, luz libertaria y democrática. Tal moneda muy usual en el porfiriato, a su vez se reiteró en tiempos posteriores, también en monedas de veinte centavos tan populares desde los años de la Revolución Mexicana, 1915 hasta 1974; en principio en plata, después en cobre.
7. DOS ALACRANES NO SE PICAN. Quiere decir: el trato entre dos personas igualmente maliciosas, es medio, por cada una de ellas, por esperar consecuencias inconvenientes para ambos. Se cuidan.
8. NO ME HA DADO BUENA ESPINA. Dicese entonces como ahora, para manifestar desconfianza respecto de alguien o por algo.
9. SE SUPPLICAN TRES AVES MARIAS POR LA ENMIENDA DE UNA JOVEN EN PELIGRO. Esta frase no es un refrán, sino la solicitud de una prez, costumbre de antaño cuando se fijaban en tableros a la entrada de un templo, cartelillos con dichas solicitudes piadosas.



10. ¡ME HUBIERA DADO UNA VIDURRIA! Tampoco es refrán, pero si una expresión populachera usual e igualmente ahora, si bien el término *vidurria* puede cambiarse por *vidorria* que quiere decir vida placentera o buena vida.
11. MEMORIAS. La simple palabra quiere decir, “saludos”, “saludos por su casa”, “recuerdos”. La palabra la toman dentro del léxico popular, prácticamente todos los narradores costumbristas mexicanos del siglo XIX y hasta el primer tercio del XX. Incluso, yo la escuché durante mi niñez entre gente mayor.
12. – ¿Qué te importa?  
– Come torta  
– en tu boca se conforta (Otros aquí dicen: CON TU HERMANA LA MÁS GORDOTA)  
Diálogo también vigente hoy día, por el que inicia una persona que protesta frente a otra, determinada intromisión y recibe por contestación una muestra de desenfado, que significa cómo en su conciencia el asunto en cuestión no tiene ninguna relevancia; pero en la duplica, el desenfado es mayor, tanto como insultante, aunque suele acabar ahí el problema.
13. TLACO. Voz náhuatl que quiere decir “la mitad” y se usó para referirse a cierta representación monetaria, ínfima; esto es, la alusión a una moneda de valor corto; pero también para referirse a un poco cosa. Decir todavía hoy en algunas provincias del centro de la República Mexicana, que algo vale un *tlaco*, es decir que vale muy, muy poco.
14. ESTAR DE CHIFLOS (o estar CHIFLADO). Vale por no estar en su juicio; también estar enojado sin causa que lo amerite.
15. DE ESAS... Una despectiva alusión a las prostitutas o frase de insulto.
16. MIALMA, contracción por “Mi alma”; frase en una sola palabra que expresa cariño y vale por “mi vida”, “cariño”, etc. Aun se usa en provincias del centro.
17. ¡HAGASE! Interjección que se dice a quien pretende hacerse el tonto por así convenirle, pero queda en entredicho.
18. TANTEAR. De la palabra *tanto*: calcular los pensamientos de alguien, psicoanalizar primariamente. También quiere decir engañar o burlar.
19. PITIMO (ponerse *pítimo*) Borracho, estar borracho.
20. GABACHO. Este término expresa en la novela *La Rumba*: “¡Pobre *gabacho!*”, como decir: ¡pobre desgraciado!, o ¡pobre infeliz! Sin embargo

la misma palabra se usa en España, en los límites con Francia, para referirse a alguien que no sabe expresarse en castellano. También se usa ahora en México: *gabacho* es persona que fue a Estados Unidos y regresa hablando un español mezclado con vocablos ingleses y diferentes al *pocho*, el híbrido de español e inglés por habla, que pretende ser angloparlante. Presumir de *gringo*.

## CANCIONERO POPULAR

No faltan las piezas correspondientes al cancionero popular mexicano. Me referiré a cinco de ellas. En el relato tan lleno de colorido, se nos cuenta cómo a lo lejos se escucha la escoleta de quienes ensayan seguramente la música para las serenatas en las plazas públicas, en los kioscos; pero también pueden oírse los acordes “de la vihuela rasgueada con furor en casa del zapatero y acompañado de un coro de borrachos”, canciones de celos y de “profundo amor”. O bien las dulces niñas en juego con sus muñecas de trapo o fingidas éstas, sin ser muñecas porque no resultaban sino apenas envoltorio de hilachos, pero esas niñas del barrio cantaban sus “rorros” o canciones de cuna:

### 1. Duérmete niñito

“Duérmete niñito  
duérmete yáa...  
chó, chó, chó, ai viene el coco...”

Innumerables canciones de arruyo o de cuna conocemos en México, pero esta inscrita en *La rumba* es de las más reconocidas.

### 2. La Golondrina

En el capítulo III, ya al final, leemos: “-Échese una cantada- dijo el de la Municipal al zapatero. Afinó éste y con temblorosa voz lanzó al aire las populares notas de, *La Golondrina*;

“Y ABeh Ahmed ed ed...  
A partir de Granaa...dá dá...”

Rubén M. Campos, en su valiosa obra *El Folklore musical de las ciudades*, 1930; y aún antes, en su otro libro, *El folklore y la música mexicana*, 1928, explica que el canto del último Abencerraje se hizo popular en México desde mediados del siglo XIX y en el primero de los libros que menciono, da la partitura musical del cantar y en el segundo transcribe la letra:



“Aben ahmet al partir de Granada  
su corazón desgarrado sintió,  
allá en la Vega, al perderla de vista,  
con débil voz su lamento expreso...”

También recoge esta pieza, el maestro Vicente T. Mendoza en su ya clásico libro, *La canción mexicana*, 1961.

### 3. Po's para que Marciala...

Este tercer caso musical y cancionero, lo encontramos en el siguiente capítulo, el IV; pero no tengo alguna otra noticia. Leemos: “cómplice, la vihuela acompañó canciones subversivas, desde aquella:

“¿Pos para qué Marciala me engañaste?  
¿Pos para qué aumentaste mi pasión?...”

### 4. Los valeses

Tiempos de valeses en gran número y por toda la República. En escoletas, ya hice mención, se preparaban los conciertos populares a cargo de las bandas y orquestas municipales o estatales. En el capítulo X, encontramos: “...la música del cuartel cercano ejecutó un vals y los primeros criados comenzaron a entrar a la tienda para comprar su mandado...”

### 5. El Alabado

Cantar religioso, unido a múltiples vivencias populares; por ejemplo, durante las peregrinaciones a santuarios: las Basílicas de Guadalupe, de San Juan de los Lagos o al Santuario del Señor de Chalma; por ejemplo, en los tinacales durante la elaboración del pulque, cantar el *Alabado* es un rito. En la novela de *Micrós* se encuentra, pero unido a la tragedia: fusilamientos de presos, desde luego los condenados a muerte, muchas veces mediante juicios tan injustos como sumarísimos y selectivos.

“-Ha de ser feo eso de ver matar a uno”. Dice un interlocutor.

“-No digo; figúrese usted que a la madrugada los van sacando de la capilla y gritan los aleros: “Fulano de Tal... sale a su destino”. Esto lo van repitiendo de galera en galera; les cantan el *Alabado*; nada más se le enchina a uno el cuerpo; los paran ahí, los venda, ¡pum! ¡a la otra!...”

¿Cuál es ese canto del *Alabado*? Muy tradicional, es este en sus primeros versos, si bien existen variantes en las versiones:

¡Alabadas sean las horas  
las que Cristo padeció;  
por librarnos del pecado,  
bendita sea su pasión...”

### Los juegos

Es claro, los niños y las niñas de Ángel de Campo, *Micrós* juegan en muchísimas de sus páginas; y no podía ser menos en *La Rumba*. Aquí siete juegos: *El burro*; los niños hacen fila y el primero se pone en cuatro pies para ser saltado por los demás, pero cada quien tiene su turno; pierde el niño que no soporte el salto de otro o pierden los dos. *Los soldados*: niños en grupo, imitaban los batallones del ejército, con formación, sonidos de trompetas y voces de mando, etc. *Al toro*: también imitaban una corrida de toros, con los gritos alusivos: “¡toroooo! ¡éntrale toro pinto!”, etc. Las niñas a *La comidita* y a *Las muñecas*, con el cantar de sus *nanas* o canciones de cuna, como la ya referida, etc. Al *Pan y queso*, a la *Ronda de San Miguelito*, esa de las coplas: “A la rueda, rueda de San Miguel, San Miguel, todos traen su caja de miel. A lo maduro, a lo maduro, que se voltee (alguien) de burro...”, todo entre risas; y a *Las visitas*. Reproduce un cuadro de *Las visitas*, que muestra, pese a los pasajes dramáticos y trágicos de la narración la inocencia de esos juegos infantiles de niños tan pobres:

“Finían visitas:

- Señorita, ¿esta usted bien?

- Bien, ¿y usted?...

- ¿Y el señor?

- Se fue al trabajo

- ¿Y el niño?

- Mírelo usted, está dormido.

Y destapa el envoltorio de trapos mostrándolo con maternal complacencia.

- ¡Que gordo! Pues ya vengo, señorita; memorias al señor...”

Con el tiempo, el citado Vicente T. Mendoza integró un libro con la relación de juegos, versos, coplas, cantos, etc., bajo el título *Lírica infantil de México*, 1951. El también citado Rubén M. Campos había hecho lo propio en otro de sus memorables libros, el monumental *Folklore literario de México*, 1929.



## APODOS, ALÍAS Y SOBRENOMBRES

Abundan también en la obra del escritor, cronista, cuentista y novelista, quien de tal modo retrató con fidelidad su tiempo mexicano, el que vivió. Resultaría prolijo reseñar tanto como notamos, pero por lo menos este es un muestrario:

1. LA TEJONA, llamaban así a Remedios Vena, protagonista, "por su cara afilada y sus modales broncos", ya lo tengo dicho.
2. LA RUMBA, así también se le apodaba a Remedios, aspirante a *rota*. La razón: el sitio en el cual vive.
3. CORNICHON, el tipo del fanfarrón presumido, galán de barrio, "...con el sombrero de paja y cinta negra, echado atrás, un gran puro en la boca y el brazo en la ventanilla abierta", (del tranvía de mulitas).
4. LA REPELLO, en los *tipos* se dijo quién es.
5. GACHUPINES, los españoles avecindados en México.
6. GRINGOS. Los "güeros" extranjeros, los norteamericanos llegados a México; pero por extensión, al extranjero de rubio de habla diferente al castellano: de repente había confusión, norteamericanos, ingleses, europeos, etc. por más avecindados, "gringo" si es el estadounidense, como "franchute" el francés.
7. LOS ENSUEÑOS DE ARMANDO, el nombre de la pulquería de *La Rumba*.
8. CASA DE LA PRECIOSA SANGRE, el nombre de la vecindad de *La tejona*.
9. LA CAMELIA, nombre del tendajón mixto del lugar.
10. LA GOGOL, sobrenombre de la propietaria de la Casa de modas en el centro de la ciudad de México.

Quedan muchos tipos, refranes, dichos, sobrenombres, etc., fuera de este capítulo. Pero lo anotado, demuestra hasta dónde una labor literaria como esta, brinda apoyo al conocimiento folklorista de un lugar y de una época.

## HISTORIA Y FENOMENOLOGÍA

Prof. Inv. Fernando Robledo Isaac  
Centro de Estudios Humanísticos/UANL  
Estudiante de Posgrado Fac. Artes Visuales/UANL

### Presentación

La historia ofrece a cada individuo la posibilidad de trascender su vida, al hacerlo le otorga un sentido y en igual forma le ofrece una forma de perdurar aun después de gustar su propia muerte en el mundo de los vivos que también trascienden. Es también este noble arte una lucha constante contra el *olvido*, como la manifestación más extrema de la muerte. Los grandes períodos de la vida humana o bien su 'progreso' hacia una meta final es lo que puede otorgar sentido a cualquier historia particular. Por eso la mayor trascendencia que puede otorgar sentido a cualquier historia particular. Por eso la mayor trascendencia que puede alcanzar la historia, está ligada a la historia cosmopolita. En la historia universal cada individuo quedaría unido a la especie, en una comunidad de existencias racionales. En esa perseverancia llegaría a su final el afán de integrar toda vida individual en un todo que la trascienda pero, ¿llegaría a su fin en verdad? ¿es esa la verdadera finalidad? La historia actual no puede dar una respuesta, como no puede proporcionarla ninguna ciencia; sólo la religión con su materia prima cargada que es la fe, podría balbucir alguna.

Y es que hay ante todo una ambigüedad en el término historia que designa tanto la realidad histórica como la ciencia histórica. Esta ambigüedad expresa un equívoco existencial, a saber, que el sujeto de la ciencia histórica es también un ser histórico. J.-F. Lyotard pregunta: "¿cómo es posible una ciencia histórica?", qué interesa a nuestro